Conocimiento, ciencia y fe

SUELE citarse, al hablar de estas cosas, la frase célebre del matemático y filósofo austríaco Ludwig Wittgenstein (1889-1951), profesor en Cambridge: "Lo incomprensible, de verdad, existe. Se muestra: es lo místico". Para el autor del "Tractatus...", místico es todo lo que nosotros entendemos por ética, religión, arte, poesía...

Lo escribía este intelectual europeo, de vida ejemplar, cuando una escuela de filósofos muy de moda negaba incluso que pudiera hablarse con sentido de Dios, el espíritu..., porque esas expresiones no tenían la realidad equivalente a la de las ciencias físicas. En otro de sus libros posteriores, Wittgenstein nos enseñó la pluralidad de los juegos del lenguaje: ciencia, ética, arte, religión, promesas, humor, afectos... Pluralidad, que responde a la pluralidad de dimensiones existentes en la realidad humana, que no es monocorde, sino polifónica. Para él, por cierto, la fe no es una doctrina, un conjunto de saberes, incapaz de "atrapar" al hombre; la fe es algo referido a la praxis humana, a la manera de dirigir las actividades de nuestra existencia, a la ética, y eso sí "nos atrapa y nos voltea". Una "pasión" (vital), como la llamaba Kierkegaard.

Pero hoy podemos añadir, como sugiere el filósofo vasco J.M. Aguirre, que la fe es también una pasión "racional".

La religión tiene, pues, su propio lenguaje, y este lenguaje tiene una lógica que rige toda su existencia. Cuando, para sostener lo contrario, se invoca alegremente la Ilustración, se desconoce en buena medida la naturaleza de ésta. Sus mayores protagonistas articularon pensamiento y reconocimiento de la religión: Kant, Fichte, Hegel, Rousseau, Voltaire, Jovellanos..., fueran o no buenos luteranos o católicos. Y en cuanto a científicos y creyentes, según encuestas fehacientes, a comienzos del siglo XX, los científicos creyentes y los ateos se repartían las dos mitades del dilema, y, según otras encuestas calificadas, la proporción sigue hoy siendo la misma. Cuando ante la muerte reciente de Stephen Hawking escribían ciertos comentaristas, pareciera que desde Pascal y Newton se hubieran agotado los genios matemáticos que creen en Dios.

Víctor Manuel Arbeloa

Se equivocan, por otra parte, los que confunden secularización y laicidad (siempre muy diferente de laicismo), por torpes e injustas que nos parezcan algunas de sus expresiones, cuando la secularización y la laicidad son, en principio, frutos maduros del cristianismo, que des-divinizó naturaleza y sociedad, todo aquello que no es genuinamente Dios y los hijos de Dios. Lo contrario que muchos y funestos paganismos de todo género.

La reflexión filosófica sobre Dios es por ende racional y razonada. Ya en sus días nos mostró Kant que las ideas de Dios, la libertad y la inmortalidad son postulados -exigencias- de la razón práctica. Es decir, que esta razón cotidiana exige la necesidad de su existencia y justifica su validez. Lo que abre una nueva vía de acceso a Dios por medio de los recursos propios del pensamiento.

Nadie niega hoy las múltiples tensiones entre clérigos y científicos: algunos de ellos tan creyentes como Tomás de Aquino o Galileo. Pero no fue esa toda la historia, y, al menos en la Iglesia católica, se buscó más veces que se despreció la razón -demasiado racionalista, en ocasiones- para exaltar y "probar" la fe recibida de la tradición apostólica y registrada en la Escritura santa.

Ningún argumento teológico ni versículo bíblico pueden explicarnos el origen concreto del universo o la evolución biológica del ser humano. Como ninguna explicación científica, física o biológica, puede darnos luz acerca de la importancia de las Bienaventuranzas evangélicas en nuestra vida personal y social, o sobre la muerte martirial de un creyente cualquiera. No toda razón es científica -es menester repetirlo-, ni toda vida es sólo razón, dentro de la unitaria y varia inteligencia humana. Por desgracia, muchos creyentes, por su ignorancia, no siempre culpable, de los ricos géneros literarios en los textos hebreos y griegos, o la de sus dirigentes responsables, tienen como históricos y científicos muchos capítulos de la Biblia, que no son ni una cosa ni otra, lo que en los tiempos posmodernos en que vivimos suele ser causa abundante de agnosticismo y de ateísmo.

Cuando le preguntaron al inmenso teólogo alemán Karl Rhaner (1904-1984) por qué creía en la vida eterna, aparte de una primera respuesta muy personal, añadió otra, muy racional, sin aducir siquiera el postulado de Kant, que conocía muy bien, de que la radical injusticia del mundo exige una radical justicia en el ultramundo de Dios, y respondió: "Porque no conozco otra explicación mejor".

Víctor Manuel Arbeloa es escritor